

lla es mejor crítico que Alas: más severo y más justo para los grandes autores; menos agrio para los pobres plumíferos de entonces, de los que, por otra parte, se ocupó muy poco. Para quien quiera conocer una síntesis de los valores literarios de la época que nos ocupa, la consulta de los artículos de Revilla es imprescindible. En cierto sentido, y aunque casi siempre lo haga sólo con alusiones, la revisión de valores de nuestro teatro clásico —después de las tentativas academizantes de Luzán y Marchena— puede decirse empieza con Revilla.

En líneas generales, también Revilla defiende a Echegaray, aunque especifica sus defectos, como al indicar que la Naturaleza, al darle el don del genio, le negó el instinto de lo cómico. "Los graciosos de Echegaray —dice—, como los de Calderón, no tienen gracia ninguna."

Como resumen de la opinión de Revilla sobre nuestro autor, citaremos un párrafo por demás elocuente:

"He aquí el aspecto singular de este genio de la Naturaleza: titán poderoso, que toca con la frente en las nubes y hunde los pies en el abismo; igualmente familiarizado con lo sublime y con lo absurdo, con lo misterioso y con lo bello. En todo extremado, y expuesto, por tanto, lo mismo a grandes caídas que a grandes victorias."

Vemos, pues, que Echegaray logró, durante mucho tiempo, dos cosas de difícil coexistencia: la primera, un público que supo ser para sus obras crítico inteligente; la segunda, mucho más rara aún, que los críticos le juzgaran con entusiasmo, generalmente reservado a los indoctos.

En el umbral de nuestra adolescencia, en 1905, cuando llega para Echegaray el espaldarazo europeo con el premio Nóbel —un poco tarde, como ocurre siempre con los valores españoles—, Echegaray estaba a punto de convertirse en un recuerdo. Quizá era más vilipendiado que hoy, y contra él levantábamos, los muchachos de entonces, la bandera del teatro de Benavente, sin comprender lo que este último debe a su antecesor, no sólo en cuanto a influencias sobre su "manera fría", en un sentido más pictórico y valiente, es decir, más español, sino también por la mo-

dificación del público frente a los espectáculos dramáticos, manifiestamente lograda por Echegaray. Él removi6 el estanque de aguas silenciosas que era la dramaturgia de su tiempo, promovió tempestades, hizo circular vientos de pasión que refrescaron la atmósfera de una época fofa y ñoña, posibilitando muchas cosas que sin él hubieran sido de larga y penosa realización. Y hasta los que, envueltos en la capa insustancial de nuestra mocedad, protestábamos cándidamente de aquella apoteosis, preparada, como era natural, sin nuestro permiso, apoyáramos, sin saberlo, la primera pasión recién nacida, en aquellos torbellinos de emoción que traían nuestros padres a sus grises hogares burgueses al volver de los estrenos de Echegaray, como llevan los marinos norteños, de vuelta de un crucero por tierras calientes, las frutas o los pájaros de gayos colores que han de alargar el recuerdo tratándolo de convertirlo en realidad durable.

Por ello, rememorando esos tiempos, en la rosa lejanía juvenil, no puedo menos de sonreír ante aquella chiquillada en que intervine, en anhelo —por ventura imposible de convertirse en acto— de manchar la armonía de un homenaje henchido de justicia y de cordialidad, en que las figuras, bajo el cielo maravilloso de Madrid, formaban una delicada estampa novecentista: una estampa con un viejecito al fondo.

Tomas GARCÍA-DIEGO
Ingeniero de Caminos

(Dibujos de Comba, hacia 1880.)



Economía política y política económica de D. José Echegaray

Quien inicia el estudio de la vida de D. José Echegaray forma, al pronto, el juicio de que en su vocación íntima, como en el monumento que perpetúa su memoria en el vestíbulo del Banco de España, no hay más que dos figuras de ideal: la ciencia matemática y el arte dramático.

El mismo incita a este error en algún párrafo de sus escritos: "Si yo hubiera sido rico —dice en uno de sus *Recuerdos*—, y no hubiera necesitado trabajar al día para vivir al día, me hubiera ido, y me iría hoy mismo, a un rincón, a leer libros de Matemáticas, a escribir lo que se me ocurriese en estas ciencias, y acaso, de tarde en tarde, escribiría un drama para desahogar los excesos de fluido nervioso."

Sin embargo, lo más sólido, lo más trascendental de la obra ciclópea y polimórfica de Echegaray está extramuros de esas dos actividades, en el campo de la política económica: en ese Banco de España, obra de Echegaray, que ha venido siendo, y es, clave de toda nuestra organización crediticia, y, con ello, de toda nuestra economía nacional.

¿Habrá que creer en una infidelidad de la vida externa, real, de Echegaray, a su íntima vocación, a su destino interno, a su ideal? No. Cuando Echegaray, en sus artículos, en sus declaraciones a periodistas, en sus *Recuerdos* —todo ello en los últimos años de su vida—, prodiga sus referencias al arte dramático, no hace sino ceder a la opinión general, que ha mol-

deado su yo-personaje, su yo-externo y espectacular, principalmente con sus éxitos teatrales, fruto el más estridente y popular de sus actividades. Cuando, por el contrario, echa por tierra sus aficiones literarias, oponiéndolas a su vocación matemática, que exalta, y llega a declarar que fué al teatro llevado sólo por el atractivo de la ganancia fácil y cuantiosa, entonces rinde también pleitesía a esa popularidad forjada alrededor del Échegaray autor dramático, brindándole la paradoja de sus grandes éxitos artísticos, logrados sin vocación verdadera.

Pero, en el fondo del auténtico e íntimo sér de Échegaray, hay siempre algo que le impulsa al estudio y a la actuación en el campo de la Economía, más ampliamente y más propiamente dicho, en el campo de la Sociología. Su sentido profundamente humano de la vida no podía satisfacerse íntegramente en el terreno frío de la especulación matemática, ni en el puramente imaginativo de la creación literaria. Y Échegaray es economista porque es sociólogo, y es político porque es economista. Su actuación aquí se inicia tarde, porque su primera juventud discurre, como es sabido, en estudios y enseñanzas de Matemáticas, en sus cátedras de la Escuela de Caminos. Termina pronto, porque, en el terreno práctico, su espíritu bondadoso y aristocrático rechaza las violencias y las impurezas de la vida política; en el terreno de la doctrina, su individualismo irreductible y ortodoxo chocha con las tendencias socializantes que, hacia el último tercio de su vida, van imperando ya en el pensamiento económico general.

Pero siempre, antes y después de ser en ella militante activo, Échegaray va impulsado hacia la Economía por una íntima y viva vocación. Y para que su vida, también en este aspecto, sea bella, hay, entre sus opiniones doctrinales en Economía política y sus trascendentales obras en Política económica, una profunda armonía.

* * *

Échegaray va a la Economía teórica y práctica llevado por su maestro Gabriel Rodríguez, carácter admirable e integérrimo, una de las figuras cumbres del Cuerpo de Caminos, que tal vez no ha sabido exaltar su memoria todo lo justo...; tal su centenario, pasado en silencio el 9 de diciembre de 1929.

Échegaray profesaba a Gabriel Rodríguez una devoción sin límite: "En todo el grupo economista —escribe—, en los jóvenes y en los viejos, la voluntad de Gabriel Rodríguez, que era una de las más enérgicas que he conocido, se imponía con fuerza incontrastable.

Aunque en el grupo economista figuraban hombres de tanto prestigio y de tanta autoridad como D. Luis María Pastor, Bona, San Romá, Moret y algunos extranjeros de mucho renombre, la autoridad técnica, por decirlo así, de Gabriel Rodríguez estaba por encima de todas.

Él definía el dogma.

Éra, en cierto modo, el pontífice: lo que él consideraba ortodoxo, por ortodoxo lo aceptábamos, y al índice iba lo que él consideraba pecaminoso."

Como es notorio, y en este mismo párrafo suyo queda dicho, Échegaray era, como Gabriel Rodríguez, liberal ortodoxo. Él mismo lo afirma con la concreción de una profesión de fe: "En Economía política —escribe— no salía de Bastiat, Dunoyer,

Say, Molinari y otros economistas ortodoxos; porque ya he dicho que en estas materias yo era y soy católico-ortodoxo y viejo creyente en las leyes eternas de la Economía."

É insiste: "Nosotros creíamos en las grandes leyes económicas, y creíamos en su armonía final, como había demostrado Bastiat en su libro admirable; admirable, poético, consolador, y en sus líneas generales, de un rigor casi matemático; porque es un libro al que se le puede aplicar el algoritmo matemático; tan firmes son sus razonamientos."

Como en un dogma, Échegaray cree en la espontaneidad de las instituciones económicas, en la coincidencia del interés privado con el interés general, en todo cuanto constituye, desde Adam Smith, el naturalista y optimista sistema de la escuela liberal. Pero con matices que conviene apuntar.

Choca, en primer término, al abordar sus escritos esta fe viva e inquebrantada y su simultánea devoción por el método inductivo que exige ver utilizado en toda investigación científica. Con un canto al método inductivo se inicia el primer tomo de los trabajos que, bajo el título de *Ciencia popular*, editó el Cuerpo de Caminos como homenaje a Échegaray, al serle concedido el premio Nóbel; con una apología del método inductivo comienza también el tomo primero de sus *Recuerdos*: "Al salir del caos de la Edad Media —dice aquí—, como reacción y protesta contra el método especulativo de platónicos y aristotélicos, imperó en las ciencias del mundo inorgánico el método, firme y sólido cual ninguno, de la observación y la experiencia. A las ideas vagas y nebulosas de los metafísicos, a las teorías *a priori*, se sustituyeron los hechos, la observación de la naturaleza, la realidad, en suma. Y sobre esta base inquebrantable ha venido fabricándose el soberano edificio de las ciencias modernas."

Y agrega: "Lo que en las ciencias fisico-químicas se ha venido haciendo de cuatro siglos acá, en las ciencias morales y políticas y en las ciencias antropológicas en general, se ha hecho, en gran parte, en nuestro siglo."

Échegaray es liberal ortodoxo y, a la vez, partidario del método experimental. Porque no es un ideólogo puramente especulativo, a la manera de los epígonos de Smith o de Ricardo. Ante todo, él ve —o cree ver—, en el orden natural económico, una serie de relaciones necesarias, precisamente inducidas de la observación científica de los hechos. Profundizando en sus ideas se advierte que concibe este orden natural, más que como una constitución espontánea que se impone y se realiza por sí, como un *status* óptimo a realizar. Y en esto su pensamiento económico coincide más justamente con el de los fisiócratas que con el de Smith y Bastiat. Además, sus ideas económicas buscan de contrastarse con la realidad de los hechos, y la referencia a la observación concreta y positiva del fenómeno brota a menudo en sus escritos.

El sectarismo doctrinal de la escuela económica a que pertenecía Échegaray se templó en él también merced a su sentido íntegramente social, humano, de los fenómenos económicos, que le inmunizó contra la visión parcial, meramente económica, tan usual entre los *ortodoxos*. "Estudiábamos —escribe— los problemas económicos y estudiábamos la Economía política como parte esencialísima del problema social. Y

la prueba es que con la ley económica procurábamos armonizar siempre el problema de derecho y el problema moral. Era en nosotros costumbre, con un ritmo que a veces pecaba de monótono, estudiar, en toda cuestión que a la sociedad humana se refiriese estos tres aspectos: el aspecto jurídico, el aspecto moral, el aspecto económico. Y no quedábamos satisfechos hasta no llegar, o imaginar que habíamos llegado, a una armonía entre estos tres aspectos.”

Como buen liberal ortodoxo, Echégaray es ardiente individualista. Para él, el antagonismo del individuo y del Estado, el problema de los fines de éste —en el que arduosamente se pronuncia en sentido restrictivo— es el eterno nudo de la cuestión política, social y económica, disfrazado con matices y etiquetas cambiantes. “En rigor —dice—, ni el individualismo ni el socialismo son novedades de hoy, ni siquiera del siglo anterior; son problemas tan antiguos, aunque tuvieran otros nombres, como la más antigua de las sociedades humanas; que esa sociedad estaría compuesta de individuos, y frente a frente se encontrarían, chocando en sus sentimientos, en sus intereses, en sus pasiones, la colectividad en conjunto y cada individuo en particular.

¿Prepondera el sér colectivo? Pues el socialismo prepondera, sea cual fuere el nombre que se le dé.

¿Se afirma el individuo contra todo fatalismo, el fatalismo social inclusive? Pues el individualismo se afirma.”

A esta fe en la libertad individual va aneja, claro está, la fe en todos los derechos *imprescriptibles e inalienables* que la perfeccionan. Respecto del de asociación, recuerda Echégaray: “Consecuentes con estos principios, nosotros, en la región de las ideas enemigos del socialismo, fuimos los primeros en defender las huelgas y la Internacional en sesiones memorables y de gran trascendencia política. Sí, nosotros: los economistas sobre todo; véanse los discursos de Rodríguez, por ejemplo.”

Obsérvese —y el hecho se repite a lo largo de sus escritos— que Echégaray se denomina a sí mismo, y denomina a sus compañeros de escuela, *los economistas*; así, a secas y por antonomasia, como hubiera hecho un siglo antes el buen marqués de Mirabeau.

Libertad económica, de reunión, de asociación, de expresión del pensamiento, de enseñanza, de trabajo, de contratación en todas sus formas, son para él atributos esenciales de la personalidad humana. “El hombre libre —escribe—, absolutamente libre y emancipado de toda fuerza exterior y, en lo posible, de toda coacción gubernamental, sin que le esclavizase un monarca ni una turba, ni la autoridad de un individuo ni la autoridad de un tropel humano.” Libertad, hasta para el error. “Al que se hubiera atrevido a negarnos ésta, para nosotros, verdad inconcusa, del derecho al error, le hubiéramos considerado como un digno descendiente de Torquemada.” Y ello, cualquiera que fuese la etiqueta del absolutismo, siempre ejercido en nombre del interés común y siempre idéntico, que viniera a coartar esos derechos del individuo.

Al llegar a este punto en la exposición del pensamiento de D. José Echégaray vale la pena de reproducir una anécdota que otro gran liberal, éste contemporáneo, Guglielmo Ferrero, refería el día pasado en una revista francesa, porque D. José Echégaray hubiera, sin duda, suscrito la frase que la cierra.

Cuenta Ferrero que, visitando recientemente la Rusia soviética un liberal español, y tras escuchar de un alto funcionario bolchevique una extensa apología de aquel sistema y de sus obras, preguntó:

—¿Y la libertad? ¿Qué es de ella en vuestro sistema?

El alto funcionario soviético se encogió desdeñosamente de hombros.

—¿La libertad? Vieja *carcasse*, la libertad... Es un prejuicio del Occidente podrido. Nosotros hemos descubierto la verdad, y no podemos tolerar ya la libertad del error. Somos una civilización nueva.

—¿Nueva? —replicó tranquilamente el visitante español—. Algo de eso hemos conocido ya en España: bajo Felipe II.

Liberal e individualista en este grado, D. José Echégaray experimentó, en sus últimos años, el choque ideológico violento con las nuevas escuelas revisionistas y socializantes. En el terreno de la discusión académica, sus polémicas con los líderes de las nuevas doctrinas son numerosas, y en alguna ocasión —tal, una controversia sostenida con Pablo Iglesias en el Ateneo— llegaron a tonos muy vivos; en el de la política práctica, la entronización de estas tendencias entró por mucho, según queda apuntado, en su alejamiento de la política activa, y en más de una ocasión concreta —en un Ministerio Canalejas, entre otras— la política social del “nuevo liberalismo” fué motivo único, lealmente expuesto, para rechazar carteras que se le ofrecieron. Echégaray, que sólo admitía el perfeccionamiento de las relaciones sociales “por la acción de la libertad contractual, nunca por imposición coactiva externa”, no podía admitir las limitaciones a esa libertad contractual que la política social nueva implicaba.

No podía admitir tampoco las cortapisas que ésta traía al derecho de propiedad, “tan sagrado e inviolable como la propia personalidad”:

“Trabajo un pedazo de tierra, aplico a ella mi fuerza muscular, que es depositar en ella una parte de mi sér: pues aquella tierra es mía; mejor dicho, aquella tierra soy yo.

Construyo un útil para el trabajo: pues aquel instrumento es mío. Dicho con más propiedad, soy yo mismo; como mi brazo es mío, como mi mano es mía, aquella herramienta para el trabajo es mía también; es una prolongación de mi brazo y de mi mano: quien pretenda quitármela, me roba y me mutila. Así entendíamos la propiedad y el derecho de propiedad, que no es otra cosa sino el derecho que tengo sobre mi propia persona y sobre mis propias energías y sobre todo aquello que lleve el sello de mi trabajo.

Para nosotros, pretender suprimir la propiedad individual era como pretender imponer la esclavitud, una esclavitud como no ha existido nunca por la extensión, y una esclavitud absurda e insensata: todo el mundo esclavo de todo el mundo.

La esclavitud antigua era odiosa, pero tenía sentido común. Esta nueva esclavitud, que nace por la absorción del Estado y, por evoluciones sucesivas, llega al colectivismo y al comunismo, revela estados mentales que no calificaré, pero que me causan asombro.”

Uno cree estar leyendo, más aún que a los fundadores de la escuela liberal, el *Cuadro Económico* del doctor Quesnay o alguna otra producción fisiocráti-

ca, como aquella, apologética de la propiedad y del propietario.

Con Mercier de la Rivière, Echegaray hubiera suscrita, sin duda, el aforismo en boga entre los pensadores de aquella época magnífica y sabrosa, que fueron las postrimerías del siglo XVIII francés, con los que el espíritu simplificador de Echegaray ofrece tantas afinidades: "Propriété sûreté, liberté, voilà donc l'ordre social tout entier."

* * *

¿Cómo se reflejan en la política económica práctica, que Echegaray desarrolla desde los altos cargos que ocupa, estas doctrinas suyas, tan sistemáticas y tan ardorosamente profesadas?

De las dos cualidades negativas que alternativamente son precisas para actuar en la vida real como un sectario: falta de inteligencia para no advertir que la vida, siempre jugosa, varía y móvil, se resiste a entrar con los moldes de todo sistema excesivamente rígido, o falta de bondad para forzarla, no obstante, a entrar, en aras del propio sectarismo, del propio orgullo, es notorio que D. José Echegaray se hallaba totalmente exento. Por ello, aquel varón inteligente y bueno, sistemático y rígido en sus doctrinas de escuela, actuó en política económica con toda la oportuna elasticidad de un auténtico hombre de Estado.

Y ello, no por cesión al imperio de las fuerzas contrarias, sino por deliberado propósito de obrar con prudencia: "El grupo de los economistas —dice— era librecambista en alto grado. Sin embargo, jamás pretendimos establecer el librecambio de una manera violenta, sino gradual, para que los intereses creados y comprometidos en empresas sensatas o absurdas por la protección tuvieron tiempo de prepararse o de liquidar."

En la obra de Echegaray en materia de política económica figuran, en primer término, por orden cronológico, sus reformas de la legislación de Obras públicas, dictadas desde aquella Dirección general —que abarcaba todos los servicios entonces existentes de los que hoy comprenden los Ministerios de Obras públicas y Agricultura—, y que Echegaray ocupa con el Gobierno provisional formado a raíz de la Revolución de 1868. Con D. Manuel Ruiz Zorrilla, *el último republicano* de la Restauración, espíritu ardiente y dinámico, de ministro, la obra de Echegaray resulta allí obra de juventud, más ardorosa que sistemática, y, por ello, más brillantemente perdurable. Don José lo confiesa, con su donosa ingenuidad característica:

"Yo estaba afanoso por llenar la *Gaceta*, no diré con mis ideas, diré con nuestras ideas individualistas, y el mejor ministro que para el caso pude encontrar, y el director de Obras públicas más laborioso que pudo encontrar él, fuimos él y yo, respectivamente: don Manuel Ruiz Zorrilla y mi modesta persona.

Don Manuel era una inteligencia clara, era un espíritu enérgico, era un hombre que adoraba toda reforma, si esa reforma era *muy liberal*; así es que, sin habernos conocido antes, sin pertenecer Zorrilla a la escuela economista, ni haber sido yo nunca hombre político hasta aquella fecha, jamás tuvimos una discordancia de pensamiento. Con media palabra nos entendíamos; en diez minutos trazábamos el plan de

una reforma: él, con sus seguros instintos liberales y con su energía práctica, y, en suma, con su autoidad; yo, con mis fervores y casi me atrevería a decir con mis furros individualistas.

Ello es que no descansamos un punto, ni dejamos descansar a la *Gaceta*, ni dejamos descansar al público liberal de la España de entonces."

Hacer hablar en exceso a la *Gaceta*: ¡qué pecado tan español! Cediendo en parte a él, Echegaray, dispuesto a trabajar, "a demostrar con el ejemplo que la revolución no se había hecho por el gusto de hacer una revolución, sino por transformar la vieja España en una España a la moderna", inicia sus reformas administrativas, cuya enumeración excedería, evidentemente, los límites, harto distendidos, de este ensayo.

Destacan, entre ellas, la ley de Bases de Obras públicas y el decreto-ley de 29 de diciembre de 1868, fundamento, todavía hoy, de nuestra legislación minera. En todas, y señaladamente en esta última, fiel al principio regaliano, se muestra el temple político de Echegaray, que sólo aplica en cada ocasión, con arreglo al clásico aforismo, "la parte de ideal que es compatible con la realidad".

Idéntica tonalidad tiene toda la labor administrativa subsiguiente de Echegaray, varias veces ministro de Fomento y de Hacienda, y, dentro de ella, su obra culminante: la institución del Banco de España, como Banco nacional único de emisión, por el decreto fechado en Somorrostro el 19 de mayo de 1874. También aquí sus *furros individualistas* se pliegan a las exigencias técnicas y a las de la realidad angustiosa, en aquellas circunstancias tenebrosas en que España se debatía a raíz del fin de la primera República bajo la espada de Pavía. Y la nueva institución —porque nuevo es el Banco que brota de sus manos—, técnicamente bien constituida y perfectamente adaptada a las condiciones y a las necesidades de la economía española, inicia, merced al genio de Echegaray, su carrera triunfal ininterrumpida de más de medio siglo ya...

Y Echegaray puede decir de viejo, con profundo orgullo, sabiendo que por ello mereció bien de su Patria, y, a la vez, con profunda verdad: "Yo fundé el Banco de España."

Como es notorio, el Banco de España existía ya —sin acudir a su borrascoso antecesor el Banco de San Carlos—, con la denominación de Banco Español de San Fernando, desde 1829, y, ya con la de Banco de España, desde 1856. Pero, como Banco, en la práctica, regional, local casi, bajo el régimen de pluralidad de institutos de emisión, adoptado por la legislación aquella de 1856. Echegaray lo eleva, mediante el privilegio de emisión, a Banco nacional; amplía sus facultades para operar; eleva su capital, de 120 millones de reales, a 100 millones de pesetas; le autoriza a emitir billetes por el quintuplo de su capital; le obliga a tener, en oro o plata, la cuarta parte de esa circulación fiduciaria, y, con todo ello, pertrecha a la economía española de la más compleja y esencial de las piezas que requiere su progreso: de un Banco de emisión sólido, eficaz y bien dotado. Y merced, sobre todo, al buen funcionamiento de ella, la economía española experimenta el maravilloso desenvolvimiento que acusa, en su conjunto y en cada una de sus ramas, desde 1874 hasta el momento presente.

Con el Banco nacional, da Echegaray nacimiento al crédito nacional. Cesa el Estado español en su perpetuo enfeudamiento al capitalismo extranjero, en el que ha venido encontrando, a lo largo del siglo XIX, la forzosa y costosa contrapartida a sus errores y desventuras dilapidadoras. Ven la industria y el comercio español irse formando el ambiente de crédito normal que exige su desarrollo: primero, al amparo del propio Banco de España; más tarde, al de este mismo y al de la Banca privada, que al calor del Banco nacional de emisión se va también desarrollando.

* * *

Fácil es hoy, a la luz de las enseñanzas de la Economía monetaria actual, que tan gigantesco progreso ha realizado en las últimas décadas, en los últimos años pudiera decirse, hacer crítica de los móviles y

detalles de la creación por Echegaray de nuestro instituto emisor. Fácil, aun sin adoptar la actitud de excesivamente innovador, original e iconoclasta que por muchos se prodiga en estas materias; que, como escribió Carlos Marx, son las doctrinas del dinero, con el amor, los dos temas sobre que más tonterías se han dicho. Fácil es, desde nuestros conocimientos de hoy, hacer crítica de aquella creación; como es fácil a cualquier aprendiz de economista de hoy, tras casi un siglo de revisionismo, hacer crítica del bello e ingenuo liberalismo de los *ortodoxos*.

Pero más fecundo y también más justo que esa fácil labor de análisis crítico es señalar que, con la creación del Banco de España, es D. José Echegaray el español que en el último siglo hace la aportación individual más valiosa y de mayor trascendencia para el desarrollo de la riqueza y el progreso material de España.

Federico REPARAZ
Ingeniero de Caminos

El centenario de Echegaray en la Escuela de Caminos

El día 19 del pasado mes de abril, a las once y media de la mañana, día y hora en que nació, hace cien años, el insigne D. José Echegaray y Eizaguirre, se celebró con extraordinaria brillantez en la Escuela de Caminos una sesión solemne, que fué presidida por D. Fernando de los Ríos, ministro de Instrucción pública y Bellas Artes.

Antes de comenzar el acto, con gran puntualidad, estaba el salón de la Escuela de Caminos repleto de público, formado por profesores y alumnos de dicha Escuela, representaciones de otras Escuelas de Ingenieros, de la Universidad, de la Academia de Ciencias, del Banco de España, de los Cuerpos auxiliares y de la Prensa diaria y profesional.

En representación de la familia de Echegaray asistieron su hijo y varias nietas y bisnietas.

A la derecha del ministro se sentó el director general de Enseñanza profesional y técnica, D. José Cebada, y a la izquierda estaba el director de la Escuela, señor Machimbarrena, quien, con la venia de la presidencia, empezó por dirigir palabras de salutación y agradecimiento al ministro y director general, que con su presencia daban realce al acto.

Pronunció el Sr. Machimbarrena una breve conferencia acerca de "Echegaray, alumno y profesor de la Escuela de Caminos", que fué una síntesis del artículo que con su firma aparece en este mismo número, y para terminar dijo que aprovechaba el vivo resplandor de la luminosa estela que deja la vida de Echegaray para sacar consecuencias presentes y esperanzas futuras.

Los primeros pasos de Echegaray en su vida profesional, al verse encargado de una legua escasa de mal camino y de echar escollera en el fondo del Mediterráneo, no eran para infundir aliento. "¿Y para esto —exclama— he estudiado cinco años en la Escuela de Caminos, desde el cálculo diferencial e integral hasta ferrocarriles? ¿Para esto traigo la cabeza atestada de toda la ciencia ingenieril conocida y he estudiado todas las grandes obras del extranjero?"

Y vuelve, al cabo de poco más de un año, a Madrid, de profesor de la Escuela de Caminos, y no se le ocurre bajar el nivel científico de la profesión. Antes al contrario, encargado de explicar el cálculo infinitesimal,

inicia en España el tránsito de la matemática del siglo XVIII a la de Gauss y Cauchy.

"Para la matemática española—son palabras de Rey Pastor en la sesión primera del Congreso de Valladolid de la Asociación española para el Progreso de las Ciencias, en 1915—el siglo XIX comienza en 1865 y comienza en Echegaray."

Y a continuación dice:

"La semilla de Echegaray no cayó en el vacío, sino que arraigó, produciendo un notable renacimiento matemático, que irradia de la Escuela de Caminos, cuya fama llega a su apogeo en la organización del año 65, enseñándose en sus aulas el Cálculo de Duhamel, con las funciones elípticas y el cálculo de variaciones."

Y añade más adelante:

"Estimulada quizá por la fama de la Escuela de Caminos, comienza la Facultad a tener vida científica propia, y pronto pasa a ser única en el cultivo de la matemática pura."

¿Y cuáles son las consecuencias de esta fe en la ciencia y en la técnica del ingeniero de Caminos?

A la vista están. En poco más de medio siglo se transforma la fisonomía del territorio nacional. Carreteras, ferrocarriles, caminos vecinales, puertos con sus gigantes obras, faros que iluminan la extensa costa, obras de riego y saneamiento que mejoran campos y ciudades, obras de urbanización y de abastecimiento, como la traída a Madrid de las aguas puras del Lozoya, que hacen posible que la capital de España sea hoy una de las mejores y más bellas de Europa; aprovechamientos hidráulicos que difunden luz y fuerza por doquier.

Si hiciéramos el inventario del patrimonio nacional veríamos que las partidas más saneadas de su activo, las que más contribuyen al bienestar general, son las obras que han realizado y que dirigen los ingenieros.

¿Y vamos a sentirnos desalentados porque en un momento de crisis, pasajera como todas, se suspendan obras, se reduzcan emolumentos justos, se decreten cesantías y se atente en forma diversa al prestigio de una colectividad como la nuestra?

No. A los daños que estos hechos ocasionen responden los ingenieros con un silencio prudente, más que desdeñoso. Recójase en sus gabinetes de trabajo, en